

mino. El cuento, con un poco más de cultivo, sin miedo a la poesía ni a la plasticidad formal, lo habría firmado Federico Gana. En los demás puede observarse la tendencia a llevar el rasgo irónico hasta el esquema, a descarnar la vitalidad del personaje. Pero hace reír ese "Curita de Caleu", que confunde a un castizo caballero católico con un radical sedentario y de malas pulgas.

<https://doi.org/10.29393/At346-347-75GARA10075>

"GERARDO O LOS AMORES DE UNA SOLTERONA", de *Enrique Araya*.

Al comentar "La luna era mi tierra" del mismo autor, hicimos notar su gracia expresiva, especialmente manifiesta en el comienzo de la obra, donde el autor mantiene su ánimo humorístico, sin olvidar la observación directa. Más allá de este impulso inicial. Enrique Araya se abandona a su especulación sonriente, dispuesto a obtener la risa del lector a cualquier trance, por medio de acumulación de factores que no alcanzan a constituir ni suceso humano, ni poseen ese contraste sorpresivo, base de la génesis del chiste.

Con este libro ocurre una cosa análoga. Siempre los graciosos recuerdos juveniles, el protagonista es expulsado de la casa paterna porque sufre de sarna y conspira después con un compinche de aventuras para asesinar a un viejo solterón que vive sin más norte que ocultar su fortuna y cuidar a un perro. Sólo entonces sabemos que Gerardo, el personaje, le hará el amor a una anciana célibe que cuida al solitario, sin otro propósito que acelerar la muerte de la víctima. Todo está muy bien y hace reír a cierto público como las anécdotas que ridiculizan con incontrolada exageración defectos físicos, atildamientos y otras fallas del hombre como ente sociable. Pero de este anhelo no se logra una ecuación literaria o mejor dicho un alcance artístico, una expresión de humor sarcástico como es el caso de Chaplin o de risa sabia, profundamente incubada, como ocurre en la obra de Bernard Shaw.

Interesa anotar estas observaciones porque Enrique Araya es un autor leído, fecundo y hábil, cuya forma de expresión es sencilla

y amena y más de algún lector que no se resigna al chiste descabellado y fácil, lamentará que estas virtudes se pierdan en acumular pormenores y sucesos incapaces de estabilizar una obra digna de prevalecer.

"CUADERNOS" (revista bimestral, N.º 5, marzo-abril 1954)

Esa revista que se edita en París y que es uno de los medios expresivos del Congreso por la libertad de la cultura, trae un interesante artículo de Arthur Koestler, intitulado "Las neurosis políticas" y una réplica de Luis-Alberto Sánchez a las observaciones publicadas por Ricardo A. Latcham, en el N.º 85 del "Correo Literario", de Madrid, a su obra "Proceso y contenido a la novela hispanoamericana" que menciona con generosidad a numerosos autores jóvenes de Chile. Paralelos a esta polémica, se insertan en el mismo número, un artículo de don Claudio Sánchez de Albornoz y otro de Américo Castro, acerca de la historia de España.